

EL PRÍNCIPE

LA PRINCESA

NICOLÁS MAQUIAVELO

LORETO SESMA



ESPASA

LA PRINCESA

Loreto Sesma

© Loreto Sesma Gotor, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Ilustraciones de interior: © Alba Sáenz (@ilustralba)
Diseño y maquetación de interiores: María Pitironte
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

ISBN: 978-84-670-5566-5
Depósito legal: B.8.996-2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Nota de la autora, 11

I

Sobre los principados hereditarios, **14**

II

Sobre los principados mixtos, **18**

III

Sobre cómo hay que gobernar las ciudades o los principados que, antes de ser ocupados, vivían con sus propias leyes, **26**

IV

Sobre los principados nuevos que se conquistan con los propios ejércitos y la propia virtud, **34**

V

Sobre los principados nuevos que se conquistan gracias a la suerte y a las armas de otros o mediante delitos, **40**

VI

Sobre cómo hay que valorar las fuerzas
de cada principado, 46

VII

Sobre los tipos de ejércitos, 54

VIII

Sobre la liberalidad y la parsimonia, 58

IX

Sobre si es mejor ser amado o temido, 64

X

Sobre la palabra del príncipe, 72

XI

Sobre cómo evitar el desprecio y el odio, 78

XII

Sobre qué debe hacer un príncipe para ser estimado, 84

XIII

Sobre cuál es el poder de la fortuna, 90

I

Sobre los principados hereditarios



**«Un príncipe que sea medianamente hábil
siempre se mantendrá en su estado,
a menos que se lo arrebate una fuerza
extraordinariamente poderosa».**

Hablaré sobre el eco de algunos aullidos que aún se escuchan porque provienen de pasados que no se olvidan, escribiré sobre el silencio que no se ha escogido pero del que uno se libera cuando descubre, en el llanto o en la risa, que tiene voz. Pero antes de todo eso, para poder comprender mejor el camino, hay que dar un paso hacia atrás hasta ese instante en el que todo comienza. Esa ocasión que se asemeja a la muerte porque nadie la recuerda, pero que de ella todo depende.

En las paredes de una habitación quedarán impresos para siempre los gemidos acompasados de dos personas que, en un acto animal y salvaje, rinden culto al placer. No me interesa si es la primera vez que descubren el cuerpo del otro o si ya son años los que llevan acumulados en cada caricia, ni siquiera quiero conocer el motivo que les ha lle-

vado a hacerlo. Ahora solo importa ese segundo escrupuloso y exacto en el que, como una chispa que surge de la pura fricción de la cerilla con una superficie rugosa, brota asombrosamente la vida.

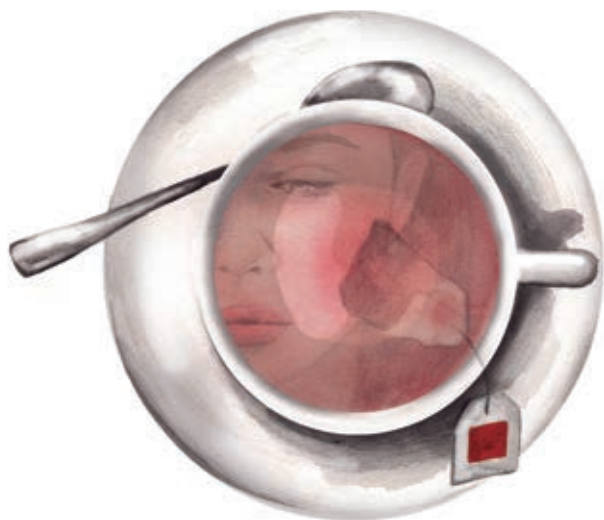
Las leyes de la arbitrariedad, la decisión de un dios o la propulsión planeada de la fuerza del destino, hacen que los espermatozoides paternos y los óvulos de una madre se combinen para dar lugar a un resultado común. Útero, vómitos y, nueve meses después: «Enhorabuena, ha tenido usted una niña». A partir de ese momento, con su respectivo llanto recién nacido impregnado de los restos de su madre, todo será distinto.

Quiero recalcar que el adjetivo empleado ha sido diferente, y sería un error, incluso para quienes dicen liderar la lucha, afirmar que sería determinante. Ni siquiera el breve reflejo de la taza de té en la que observo diluirse estos pensamientos lo es. En la suma de la luz, perspectiva y mirada, mi rostro se ve dibujado en su superficie, pero todo depende de que yo proyecte mis ojos en otro lugar de la habitación, desiguale el líquido con la cucharilla del azúcar o tire, directamente, la taza al suelo.

También es cierto, y sería una necia si tratara de negarlo, que soy testigo y protagonista, como mujer, de un cambio.

Hablaré como tal para poder tejer los hilos de la telaraña que acaba siendo esta historia, la de todas nosotras. Forma parte del inventario de recuerdos, de un recuento de ausencias y de una causalidad que nació para convertirnos inevitablemente en la parte activa del verbo.

Las leyes hereditarias de la genética diluyeron en nuestra sangre una única ecuación: XX. Las ecuaciones implican incertidumbre, indecisión y duda. Llevan consigo un problema. Exigen, también, una solución.



II

Sobre los principados mixtos



«Aquel que ayuda a otro a alcanzar el poder está condenado a caer».

Digo, pues, que todo empieza cuando ella, abierta de piernas, decide romper en un grito de llanto la placenta que me ha rodeado en su intimidad encarnada como si fuera una frágil pompa de jabón. Parece fácil porque mi cuerpo se resbala entre sus muslos en un tobogán improvisado, tan automático como las fases de la cadena de producción de una fábrica.

Me imagino sus manos aferrándose con fuerza a las sábanas en un intento de descargar el sufrimiento que conlleva dilatar tu vagina para que otro ser humano pueda construir su propia existencia. No deja de ser paradójico que concebir sea tan sencillo, cuna de gozo y placer, que el deseo sea tan magnético y te acerque sin remedio al tacto

y roce de otro cuerpo y que, sin embargo, parir esté completamente ligado al llanto y grito animal de un desgarró.

¿Por qué la naturaleza, en su sabio y ancestral engranaje, decidió que fuera la hembra la que diese a luz? Mi madre se lo pregunta en cada contracción que lleva repitiéndose desde hace horas cada cinco o diez minutos. En cada descarga eléctrica se cuestiona la escasa conciencia de las deudas, que ya por naturaleza, contrae la mujer.

Limpian mi cuerpo. Yo, con los puños cerrados por la alerta, emito un grito de lágrimas. Las dos, madre e hija, estamos llorando en ese cuarto de luz halógena y fría. Se conjugan nuestras cuerdas vocales en un mismo sollozo, ambas estamos a punto de descubrir dos nuevas realidades. Se abre la cadena para darle su lugar a un nuevo eslabón, el mío; y ella, mi madre, mi origen, mi sedimento, nunca volverá a ser la misma.

Se levanta de la camilla del hospital para examinar mis rasgos, todavía rojos e hinchados, como sus ojos y como su cuerpo completamente deshilachado y agotado por las horas del parto. Se quita esa bata de color azul celeste y descubre un cuerpo ajeno hasta convertirse en una extranjera dentro de su propia figura. Tiene que volver a recono-

cerse en el reflejo, como en aquel recuerdo de la pubertad que ahora se le viene a la cabeza de la primera vez en la que la sangre de su útero licuado empezó a empapar sus piernas, o aquella otra vez en la que sus pezones ya coronaban las cimas de dos pechos, tersos y firmes, y cómo tuvo que aprender que aquel realce de su busto no era más que parte de su fisonomía.

Hemos pasado de estar fundidas en un mismo cuerpo a ser parte de dos repúblicas que, sin embargo, estarán unidas para siempre por un vínculo indestructible: la sangre. Será la propia biografía la que nos junte en un único capítulo ligado únicamente al comienzo o se desplegará una vida compartida en la que dos mujeres aprenden a reconocerse a sí mismas.

Mi madre se imagina entonces, mientras yo aprieto su dedo índice contra mi pequeña palma de la mano, todos los logros que podré alcanzar, pero no será hasta la primera vez que me haga una herida cuando descubra que también sentirá cómo una parte de ella se quiebra cada vez que yo sufra. ¿Se aprende también a querer a un hijo a pesar de que ha sido fruto y extracto de tus propias entrañas? Yo creo que sí, porque ahora la miro con mis ojos entrecerra-





dos y todavía no asimilo que ese rostro es el de mi madre. Ni ella, a pesar de cinco horas de parto, que ese rostro que tanto imaginó es el de su hija.

Ningún muro me protege ahora de todos los posibles peligros que se esconden en el mundo; este mundo inquieto, absurdo, inexplicable, vivo. Mi pequeño cuerpo de tres kilos y quinientos gramos, unión de dos brazos, dos piernas, un ombligo con una pequeña marca de nacimiento, dos pulmones, un corazón, dos ovarios, una vulva y un cerebro, ya tiene encima algunas obligaciones. Tendré que ser buena hija, buena hermana si se da el caso, buena novia en mi juventud, tendré que casarme y crear una familia (porque si no qué van a pensar los demás) y tendré que ser buena madre. Nadie me preguntará si acaso quiero ser novia o esposa, si quiero crear una familia, si quiero tener un hijo, porque por la intrínseca razón de las partes de mi cuerpo ya se dará por hecho.

Crezco, crezco y me desarrollo porque la propia naturaleza, la vida y el tiempo me obligan a hacerlo. Se sucederán los días, se quemarán los calendarios y con ellos yo, inconscientemente, iré escribiendo mi propia historia como protagonista. Seremos como las dos agujas de un reloj que

se compaginan para indicar la hora pero jamás son ya la misma. Sin embargo, correré hasta mi madre al descubrir una mancha de sangre en mis bragas, me precipitaré sobre sus brazos en un llanto desconsolado, inexperto y tierno cuando me rompan por primera vez el corazón. La llamaré cuando me contraten por primera vez en un trabajo, al asistir a mi primera bancarrota, al celebrar un último gol.

Será en esa escritura de la biografía inconsciente que es la vida donde nuestros vínculos cambien y se transformen y dependan, quizás, de que nuestro cordón umbilical acabe subordinado a una llamada por teléfono. Ella verá cómo me alejo porque en la estrechez de un centímetro no cabe un espacio, y es en los espacios donde se escribe. Nunca pensará que todo su esfuerzo fue en vano, que de qué ha servido emplear su ingenio y su fuerza para ir enseñándome el camino, primero en un gateo, después en la carrera de fondo que es la vida.

Mi madre me mira mientras me recojo el pelo en una coleta y coloca su mano sobre la mía, las dos son ya del mismo tamaño. Tener un hijo es un paréntesis en tu vida que ya nunca más se cierra.